

olaf stapledon



SiRiO

sirio

ciencia - ficción 15

Sirio es un perro lobo singular: no tiene una vista de lince, y es bastante patoso pero, gracias a las técnicas desarrolladas por Thomas Trelone, posee la inteligencia y la sensibilidad de una persona. Criado en la Gales rural por la esposa del científico, crece aislado del resto del mundo contando con una sola amiga: Plaxy, la hija del matrimonio. Cuando los separan para que ella asista a la escuela y él se inicie en el pastoreo, Sirio tomará conciencia de su condición única. Esta le valdrá un sinfín de limitaciones y desengaños, condenado a la soledad absoluta, como un perpetuo extraño tanto para los humanos como para los demás perros.

1

Primer encuentro

Plaxy y yo habíamos sido amantes; amantes un tanto inquietos, pues ella nunca hablaba francamente de su pasado, y a veces se envolvía en una nube de reserva y abatimiento. Pero a menudo éramos muy felices, y llegué a creer que nuestra dicha empezaba a arraigarse más profundamente.

Luego, con la última enfermedad de su madre, desapareció. De cuando en cuando me enviaba alguna carta donde sugería que podía escribirle a la oficina de correos de cierta aldea —nunca la misma— del norte de Gales. En cuanto al tono, las cartas pasaban de una amabilidad superficial al sincero deseo de reunirse otra vez conmigo. Había misteriosas referencias a «un extraño deber» vinculado, decía ella, con las experiencias de su padre. Yo sabía que el eminente fisiólogo se había dedicado a trabajar con éxito notable en el cerebro de los mamíferos superiores. Había obtenido así algunos perros ovejeros maravillosamente inteligentes, y la muerte lo sorprendió, se dijo, entregado a investigaciones aún más ambiciosas. Una de las cartas más frías de Plaxy hablaba de una «recompensa inesperadamente dulce», en relación con sus nuevos deberes, pero en otra, más apasionada, clamaba contra «esta vida imperiosa, fascinante y deshumanizadora». Parecía a veces torturada y

confundida por algo que no debía explicar. En una de sus cartas se mostraba tan perturbada, que temí por su salud. Decidí, por lo tanto, dedicar mis ya cercanas vacaciones a una caminata por el norte de Gales, con la esperanza de encontrarla.

Pasé diez días vagando de taberna en taberna, en las aldeas indicadas por Plaxy, preguntando en todas partes si alguien conocía en las cercanías a cierta señorita Trelone. Al fin supe de ella. En Llan Ffestiniog había una joven de ese nombre, que vivía en la choza de un pastor, al borde del páramo, un poco más arriba de Trawsfynydd. El tendero local que me dio esta información dijo con tono misterioso:

—En verdad es una joven extraña. Tiene amigos, y yo soy uno de ellos, pero también tiene enemigos.

Siguiendo sus indicaciones, caminé unos kilómetros a lo largo del serpenteante camino de Trawsfynydd, y luego doblé a la izquierda por un sendero. Al cabo de otro par de kilómetros, vi al borde del páramo desnudo una casita de toscas losas de esquisto, rodeada por un jardincito y árboles achaparrados. La puerta estaba cerrada, pero de la chimenea salía humo. Llamé. Nadie respondió. Atisbé por una ventana, y vi la típica cocina de la región, pero en la mesa había una pila de libros. Me senté en un destartalado asiento, en el jardín, y contemplé las pulcras hileras de coles y guisantes. Más allá, a mi derecha, del otro lado del desfiladero de Cynfal, se extendía Ffestiniog: una manada de elefantes color gris pizarra que seguía a su jefe, la iglesia sin campanario, colina abajo, hacia el valle. Atrás se veía la cordillera Moelwyn.

Fumaba mi segundo cigarrillo cuando oí a lo lejos la voz de Plaxy. La había oído por primera vez en un café, a mis espaldas, sintiéndome instantáneamente arrobado por aquel sonido. Y ahora, una vez más, la oía sin verla. Durante un momento escuché con placer su charla, que, como yo había dicho a menudo, se parecía al fresco parloteo cente-

lleante de las olas en los guijarros de la playa de un lago, en un día de estío.

Me incorporé, e iba ya a su encuentro, cuando algo extraño me detuvo. Entretejiéndose con las observaciones de Plaxy advertí no otra voz humana, sino un sonido totalmente distinto, articulado, pero inhumano.

—¡Pero, querido, no insistas tanto en tu torpeza! La has dominado maravillosamente —dijo luego, ya muy cerca, la voz de Plaxy.

Siguió un fluir de sonidos extraños, y enseguida Plaxy y un perro enorme entraron en el jardín por el portoncito.

Plaxy se detuvo, con los ojos muy abiertos, sorprendida y (esperé) contenta. Pero inmediatamente frunció el ceño. Puso una mano sobre la cabeza del animal y me miró silenciosamente. Alcancé a observar que había cambiado. Llevaba unos pantalones de pana, bastante embarrados, y una camisa azul. Los mismos ojos grises; la misma boca amplia, pero decidida, que no armonizaba aparentemente con su carácter; la misma mata de cabellos castaños, levemente rojizos. Pero la tez antes pálida era ahora morena, y sin ningún maquillaje. Ni siquiera tenía los labios pintados. Las oscuras ojeras y una cierta dureza en la boca contradecían aquel aspecto de ruda salud. Es curioso, pero basta un par de segundos para ver muchas cosas, cuando se está enamorado.

La mano de Plaxy abandonó la cabeza del perro y se tendió hacia mí.

—Oh, bueno —dijo ella, sonriente—. Ya que nos encontramos, será mejor que confiemos en ti. —Había cierta turbación en su tono, pero también, quizás, algo de alivio—. ¿No es cierto, Sirio? —agregó contemplando al perrazo.

Y entonces, por primera vez, observé a la notable criatura. No era, por cierto, un perro común. Tenía aspecto general de alsaciano, quizá con algo de gran danés o mastín, pues era enorme. El cuerpo parecía de lobo, pero más esbelto, debido a su alzada. La pelambre, aunque corta, era

muy espesa y sedosa, principalmente en el cuello, donde se cerraba en un turbulento collar. Su sedosidad no llegaba a parecer femenina merced a una leve, pero empecinada dureza. Alambre de seda, la llamó Plaxy en una ocasión. En el lomo y la cabeza el pelo era negro, pero en los flancos y patas, y en la parte inferior se aclaraba hasta un austero gris tostado. Dos manchas color canela sobre los ojos daban a la cara un raro aspecto de máscara, y parecían las aberturas de los ojos en un casco griego echado hacia atrás. Pero Sirio se distinguía sobre todo por su enorme cráneo. No era, en rigor, tan grande como uno hubiese esperado, en una criatura de inteligencia humana, pues, como lo explicaré más tarde, la técnica de Trelone no solo había aumentado la masa del cerebro, sino que había afinado también las fibras nerviosas. No obstante, la cabeza era mucho más alta que la de cualquier perro normal. Por la elevada frente, junto con la sedosidad de la pelambre, se parecía al famoso perro pastor de la frontera, el más notable tipo de ovejero. Supe más tarde que esta brillante raza había contribuido, efectivamente, a su composición. Pero su cráneo era mucho más grande que el del pastor. La bóveda llegaba casi a la punta de las grandes orejas alsacianas. Los músculos muy desarrollados del cuello y los hombros sostenían adecuadamente el peso de la cabeza. En aquel instante tenía una apariencia positivamente leonina, pues la desconfianza le había erizado el pelo a lo largo de la columna vertebral. Los ojos grises parecían de lobo, pero las pupilas eran redondas y no rasgadas. En fin, un animal formidable, esbelto y membrudo como una criatura de la selva.

Sin dejar de mirarme, abrió la boca, exhibiendo unas sierras de marfil, y emitió un raro sonido que terminaba en una inflexión ascendente, como interrogativa. Plaxy contestó:

—Sí, es Robert. Es un buen amigo, recuérdalo. —Me sonrió, implorante, y agregó—: Y puede sernos útil.

Sirio agitó cortésmente la cola velluda, pero no apartó los fríos ojos.

Hubo otro incómodo silencio hasta que Plaxy dijo:

—Hemos trabajado todo el día con las ovejas, en el páramo. No almorzamos y tengo un hambre del demonio. Entra, prepararé té. —Y agregó, mientras pasábamos a la cocinita embaldosada—: Sirio entiende todo. Tú no lo entenderás al principio, pero yo te ayudaré.

Mientras Plaxy iba de un lado a otro preparando el té, yo le hablaba sentado en la cocina. Sirio, echado en el suelo, junto a mí, me miraba con evidente ansiedad. Plaxy lo advirtió y dijo bruscamente, aunque terminando con una nota de dulzura:

—¡Sirio! Te he dicho que es un buen amigo. ¡No seas tan suspicaz! —El perro se incorporó, dijo algo en su extraña jerga, y salió al jardín—. Ha ido a buscar leña —explicó Plaxy, y añadió en voz más baja—: Oh Robert, me alegra verte, aunque no quería que me encontrases. —Me puse de pie, para abrazarla, pero ella me susurró enfáticamente—: No, no, ahora no.

Sirio volvió con un leño entre las fauces. Lanzándonos una mirada, y dejando caer perceptiblemente la cola, puso el leño en el fuego, y volvió a salir.

—¿Por qué no ahora? —exclamé, y Plaxy murmuró:

—Por Sirio. Oh, pronto entenderás. —Luego de una pausa, añadió—: Robert, no esperes que sea enteramente tuya, y para siempre. Estoy demasiado complicada en... este trabajo de mi padre. —Insistí y la abracé—. Robert, tan bueno y humano —suspiró ella, apoyando la cabeza en mi hombro. Pero enseguida se apartó y exclamó con énfasis—: No, no lo dije yo, lo dijo el animal humano femenino. Yo digo que no puedo jugar a lo que quieres que juegue, no de todo corazón.

Luego gritó a través de la puerta abierta:

—¡Sirio, el té!

Sirio contestó con un ladrido, y entró evitando mirarme.

Plaxy colocó un tazón de té sobre un mantelito tendido en el suelo, mientras explicaba:

—Comúnmente hace solo dos comidas: almuerzo y cena. Pero hoy es distinto. —Puso en el suelo una corteza de pan, un trozo de queso y un platillo con un poco de dulce—. ¿Te alcanzará? —preguntó.

El perro aprobó con un gruñido.

Plaxy y yo nos sentamos a comer el pan y manteca racionados de tiempos de guerra, y ella me narró la historia del perro. De vez en cuando yo hacía una pregunta o Sirio interrumpía con su raro lenguaje de gemidos y gruñidos. En los capítulos que siguen daré la sustancia de esta y muchas otras conversaciones. Entretanto debo decir lo siguiente: sin la presencia real de Sirio no hubiera creído en el relato; pero sus moduladas interrupciones, aunque caninas e ininteligibles, expresaban una inteligencia humana y provocaban respuestas inteligentes de Plaxy. Sirio, evidentemente, intentaba seguir la conversación, hacia comentarios, y vigilaba mis reacciones. Y así, no sin incredulidad, aunque por cierto con asombro, me enteré del origen y la carrera de Sirio. En un principio escuché con grave ansiedad. Entendí entonces por qué en nuestro amor había habido siempre un elemento de inquietud, y por que Plaxy no había vuelto. Empecé a discutir conmigo mismo cómo liberarla de esa «inhumana esclavitud», pero a medida que la conversación avanzaba reconocí que esa extraña relación de muchacha y perro era fundamentalmente hermosa, y en cierto modo sagrada. (Así se lo dije a Plaxy). Mi problema se hizo de ese modo mucho más difícil.

En cierto momento, cuando Plaxy me dijo que había deseado con frecuencia volver a verme, Sirio pronunció un discursito, se acercó a ella, apoyó las patas delanteras en el brazo del sillón y la besó en la mejilla con delicadeza y suavidad. Plaxy aceptó la caricia modestamente, sin apartarse como hacen por lo general los seres humanos cuando los perros tratan de besarlos. Pero el saludable rubor de su ros-

tro se acentuó, se le humedecieron los ojos, acarició la revuelta suavidad del cuello del perro, y me dijo mirándolo aún:

—Quiere que te diga, Robert, que él me ama como solo pueden amar los perros, y más ahora que he venido a él, pero que no debo sentirme obligada, pues ya puede defenderse a sí mismo. De todos modos, yo... ¿cómo lo dijiste, Sirio, mi querido tonto? —El perro emitió una rápida frase y ella continuó—: Ah, sí; yo soy el rastro que seguirá siempre, en la cacería de Dios.

Plaxy se volvió hacia mí con una sonrisa que no olvidaré. Tampoco olvidaré el desconcertante efecto de la pequeña declaración, sincera y casi formal, del perro. Más tarde yo notaría que cuando Sirio estaba particularmente emocionado, recurría a un estilo algo pomposo. El perro hizo seguida otra observación, con una mirada taimada, y la cola temblorosa. Plaxy se volvió riendo, y le golpeó con suavidad la cara.

—Bruto —dijo—. No le diré eso a Robert.

Cuando Sirio la besó, me sentí sorprendido por un repentino espasmo de celos (¡Un hombre celoso de un perro!). Pero la traducción de Plaxy provocó en mí sentimientos más generosos. Comencé a hacer planes. De acuerdo con ellos, Plaxy y yo podríamos ofrecer a Sirio un hogar permanente, y ayudarlo a realizar su destino, cualquiera fuera este. Pero, como se verá más tarde, nos esperaba otro futuro.

Durante la extraña comida, Plaxy me dijo que, como yo había adivinado, Sirio era la obra maestra de su padre. Había sido criado como miembro de la familia Trelone; y ahora ayudaba a dirigir un criadero de ovejas. Ella cuidaba la casa y a veces trabajaba con él para compensar su falta de manos.

Después del té la ayudé en la cocina, mientras Sirio rondaba en torno, celoso, creo, de mi habilidad manual. Al fin Plaxy dijo que convendría recorrer la granja y terminar el

trabajo antes que oscureciese. Decidí regresar a pie a Ffestiniog, recoger mi equipaje, y volver en el tren nocturno a Trawsfynydd, donde podría albergarme en la taberna local. Advertí que Sirio al oírme bajó la cola. Y la bajó aún más cuando anuncié que me proponía pasar una semana en las vecindades, esperando ver a Plaxy con más frecuencia.

—Estaré muy ocupada —dijo ella—, pero quedan las tardes.

Antes de irnos me entregó una colección de documentos que yo podría leer a solas con más tranquilidad. Eran trabajos científicos de su padre, incluso un diario del crecimiento y la educación de Sirio. Estos documentos, junto con otro diario de Plaxy, y breves registros fonográficos del propio Sirio, que llegaron a mis manos en fecha muy posterior, son las fuentes principales de mi relato. A esto se agregaron largas conversaciones con Plaxy, y con Sirio, cuando aprendí a entender su lenguaje.

Me propongo utilizar libremente la imaginación para agregar detalles a muchos sucesos que mis fuentes apenas esbozan. Al fin y al cabo, aunque empleado público (hasta que me absorbió la Fuerza Aérea), también soy novelista, y creo que con imaginación y autocrítica es posible penetrar en el espíritu esencial de los acontecimientos, aun cuando las noticias sean superficiales. Por lo tanto, relataré a mi manera la sorprendente historia de Sirio.

2

El nacimiento de Sirio

El padre de Plaxy, Thomas Trelone, era un hombre de ciencia demasiado eminente para que pudiese evadir toda publicidad, pero inició sus trabajos sobre la corteza cerebral de los mamíferos cuando era solo un brillante y joven investigador, y los desarrolló posteriormente en el más estricto secreto. Sentía una repugnancia exagerada, mórbida, al público. Se justificaba explicando que su técnica podía caer en manos de charlatanes y comerciantes. Solo algunos de sus colegas más íntimos de Cambridge, y su esposa, que había colaborado con él, conocieron durante un tiempo esas experiencias.

Aunque he leído todos sus papeles, solo puedo ofrecer una explicación lega de su trabajo, pues carezco de educación científica. Trelone descubrió ante todo que la introducción de hormonas en la corriente sanguínea de la madre, podía afectar el crecimiento cerebral del ser en gestación. En apariencia, la hormona tenía un doble efecto. Aumentaba la masa real de la corteza, y afinaba a la vez las fibras nerviosas, de modo que en determinado volumen de cerebro había mayor cantidad de tejido, y más conexiones. Creo que Zamenhof realizó en Norteamérica experimentos similares; pero con una importante diferencia. Zamenhof alimentaba simplemente al animal joven con su hormona;

Trelone, como he dicho, introducía la hormona en el feto utilizando la sangre materna como vehículo. Esto ya era un éxito notable, pues una membrana filtrante aísla eficazmente los sistemas circulatorios de la madre y el feto. La hormona, sin embargo, no solo alteraba el crecimiento del cerebro fetal sino también el de la madre, y como el cráneo de esta era adulto y rígido, se producía inevitablemente una grave congestión. Era necesario por lo tanto aislar el cerebro materno de la droga estimulante. Esta dificultad fue eventualmente superada, y se aseguró al animal nonato un adecuado ambiente. Después del nacimiento, Trelone reforzaba los alimentos con dosis de hormonas, y luego reducía gradualmente las dosis a medida que el cerebro se aproximaba a las dimensiones máximas aceptables. Había ideado asimismo una técnica que demoraba el cierre de las suturas óseas. El cráneo seguía así ampliándose mientras fuese necesario.

La técnica de Trelone se perfeccionó merced al sacrificio de una gran población de ratas y ratones. Al cabo de un tiempo logró obtener algunas notables criaturas. Aunque la salud de las ratas, ratones, conejillos de Indias y conejos, todos de enorme cabeza, era bastante mala, y alguna enfermedad interrumpía casi siempre sus vidas, podía calificárselos en verdad como modestos genios. Encontraban por ejemplo, con notable rapidez, el camino en un laberinto y superaban a cualquier otro miembro de su especie en las pruebas comunes, revelando una inteligencia propia de perros y monos.

Pero esto fue solo el comienzo. A medida que la técnica se perfeccionaba, fue necesario encontrar un método que alterara el ritmo de la vida, a fin de que el animal madurara con más lentitud y viviese más tiempo. Esto era de suma importancia. Un cerebro más grande necesita más tiempo para acumular y asimilar mayor número de experiencias. Trelone experimentó con mamíferos superiores hasta alcanzar progresos satisfactorios en ambos órdenes. La tarea,

más complicada, no prometía resultados rápidos. Al cabo de unos años Trelone obtuvo algunos gatos macilentos, un mono, muy inteligente, que no superó su prolongada adolescencia, y un perro con un cerebro tan enorme, que los ojos, comprimidos e inútiles, fueron empujados por la masa encefálica fuera de las órbitas. Esta criatura sufría tanto, que Trelone la destruyó, aunque de mala gana, en su infancia.

Pasaron varios años. Trelone pudo al fin prestar más atención a los problemas psicológicos que a los fisiológicos. Dejó a un lado el plan original y trabajó desde entonces, y principalmente, con perros, y no con monos. Los monos, es cierto, prometían un éxito más espectacular; eran más grandes, el sentido de la vista era más perfecto y tenían manos. No obstante, desde el punto de vista de Trelone, los perros contaban con una ventaja abrumadora. Gozaban en nuestra sociedad de una mayor libertad de movimientos. Trelone confesaba que hubiese preferido trabajar con gatos, animales más independientes; pero el tamaño era un obstáculo grave. Solo una cierta masa de cerebro (independientemente del tamaño del animal) permitiría aumentar las asociaciones nerviosas. Una criatura pequeña, evidentemente, no necesita un cerebro tan grande como un animal mayor de la misma categoría mental. Un cuerpo más desarrollado requiere un cerebro correspondientemente mayor, solo para gobernar la maquinaria. El cerebro de un león debe ser mayor que el de un gato. El del elefante es incluso mayor que el del hombre. Por otra parte, cierto grado de inteligencia, aparte de las dimensiones del animal, exige una masa cerebral compleja. En relación con el tamaño del cuerpo el cerebro de un hombre es mayor que el de un elefante. Para albergar un cerebro de inteligencia humana se requería, pues, un animal bastante grande. Algunas razas caninas eran particularmente aptas. La adición de un cerebro complejo trastornaría en cambio la organización física de un gato.

Y Trelone no esperaba, sin embargo, en esta época, obtener un animal de mente humana. Deseaba simplemente crear, como él mismo decía, «una inteligencia supersubhumana, una mentalidad de eslabón perdido». El perro parecía admirablemente adecuado. La sociedad humana exigía a los perros tareas que requerían una inteligencia situada en el límite superior de la escala subhumana. Trelone eligió al perro ovejero como el más conveniente. Su ambición reconocida era la de producir un «superovejero».

Pero algo más dictó su elección. Podría pensarse que ya en esta etapa de su trabajo, Trelone jugueteaba con la idea de obtener algo más que una inteligencia de eslabón perdido. Por su temperamento, opinaba, el perro era capaz de alcanzar más fácilmente un nivel humano. Los gatos se destacaban por su independencia, pero los perros eran notables por su conciencia social, y según Trelone solo el animal social puede usar plenamente su inteligencia. Al fin y al cabo, la independencia del gato no es la de una criatura socialmente consciente que afirma su individualidad, sino un ciego individualismo nacido de una conciencia social obtusa. Es cierto que la naturaleza social del perro le inspira un abyecto servilismo. Pero Trelone abrigaba la esperanza de que con mayor inteligencia el perro adquiriese un cierto autorrespeto y algo de desapego crítico.

A su debido tiempo, Trelone obtuvo una camada de cachorros de cerebro grande. La mayor parte murió antes de la madurez, pero dos sobrevivientes desarrollaron una excepcional inteligencia. Más este resultado desilusionó a Trelone. Insistió, y al fin una perra ovejera de raza viejo pastor inglés engendró una familia de cerebro grande. Tres de los cachorros sobrevivieron y alcanzaron un nivel mental decididamente supercanino.

La investigación continuó varios años. Trelone decidió que debía prestar mayor atención a la «materia prima». No podía olvidar que la más capaz de todas las razas caninas era el pastor de frontera, conocido a lo largo de un par de

siglos por su inteligencia y responsabilidad. Todos los campeones modernos eran de esa raza, y todos descendían de un tal Old Hemp, brillante animal nacido en Northumberland en 1893. El pastor de frontera actual es resistente, pero más bien pequeño. Trelone decidió, por lo tanto, que la mejor materia prima sería una cruce entre cierto notable campeón internacional ovejero y otro animal también inteligente, pero mucho más pesado. El alsaciano era la opción evidente. Tras prolongadas negociaciones logró mezclar ambos tipos en distintas proporciones. Luego aplicó su técnica mejorada a algunas madres, y al cabo de un tiempo entregaba a sus amigos unos perros domésticos de «inteligencia casi similar a la del eslabón perdido». Nada de espectacular había en estas criaturas. Todas eran, además, muy delicadas, y todas murieron antes de completar la demorada adolescencia.

Trelone perfeccionó todavía más sus métodos. Obtuvo así algunos animales inteligentes, fuertes, y de aspecto predominantemente alsaciano.

Le había dicho a su esposa Elizabeth que si alguna vez tenía éxito, buscarían una casa en el distrito ovejero de Gales. Allí vivirían ella, los tres niños y el cuarto que estaba en camino, y él los acompañaría en las vacaciones y fines de semana. Luego de muchas idas y venidas encontraron una granja adecuada, no lejos de Trawsfynydd, llamada Garth. Había que instalar un cuarto de baño y excusados. Se ampliaron algunas ventanas. Se tendieron cables de electricidad desde la aldea próxima. Una dependencia auxiliar fue convertida en perrera palaciega.

Tiempo después, nació el cuarto hijo, y la familia se mudó a la casa. Los acompañaba Kate, la vieja criada, que era casi miembro de la familia. La ayudaría una muchacha de la aldea. Una niñera, Mildred, cuidaría a Thomasina, Maurice, Giles y la pequeña Plaxy. Thomas llevó consigo a dos familias caninas: una perra y cuatro perritos resistentes, que quería adiestrar como «superovejeros», y otros cuatro ani-